

Por Bernardo Borkentzain

## Acerca del desamor y la muerte

### **Frankenstein, de Mary Shelley/ Andrea Arobba**

#### La criatura

Arobba toma las riendas de un seleccionado de la Comedia Nacional para hacer todo lo que está bien en el teatro: entrenarlos, mentalizarlos y tomar con ellos el riesgo enorme de armar una pieza de arte escénico mixto, de danza y actuación.

Por si fuera poco, renuncia a la comodidad de un teatro equipado y traslada la acción a un espacio relacionado con la morgue de la Facultad de Medicina, instalando desde la convocatoria uno de los temas de la obra (quizás de cualquier obra) y que es la necesidad del ser humano de encontrar el amor y eludir a la muerte.

El lenguaje escénico que utiliza es variado y toma lo mejor de cada integrante, con Mané Pérez haciendo música en vivo con su cuerpo y su voz, Mario Ferreira y Lucía Sommer actuando en contraescena en otro nivel de ficción ya que Sommer interpreta a la propia Mary Shelley, y todos los integrantes funcionando de manera coordinada y trabajada para realizar movimientos bastante enérgicos en espacios muy reducidos.

De esta manera, la obra transita entre tres niveles de conflicto entre el creador y lo creado: madres letales, padres abandonados y el temor constante de ser las víctimas de nuestras propias creaciones.

#### El engendro

Mary Shelley escribió esta historia con sólo dieciocho años y, como acota el personaje de Mario Ferreira que funciona como una suerte de coro trágico de una sola voz, fue ridiculizada por la crítica del momento, pero entronizada por la posteridad, lo que es algo que a los críticos siempre nos debería preocupar al analizar, ya que los artistas son inmortales porque, buenos o malos, se les reserva un lugar en el Parnaso, pero a nosotros los más probable es que nos espere algún octavo o noveno círculo, como bien anticipara Woody Allen.

Lo cierto es que a esa edad Shelley ya había perdido una hija y su madre, Mary Woollstonecraft, una pionera del feminismo liberal, murió al darla a luz, así que el tema de crear vida es articular en esta obra, que, recordemos, la escribió siendo lo que hoy consideramos una adolescente.

Los tres niveles de creación, de Arobba, Shelley y Frankenstein toman así cuerpo en la escena, y si hablamos de cuerpo, es inevitable citar aquí al trabajo de Diego Arbelo como el



Foto: Carlos Dossena.

Doctor destruido por el remordimiento de sus actos, por haber caído en la *hybris* de haber querido jugar a ser dios sin serlo y crear un ser del que se avergüenza y se horroriza, pero no nos dejemos llevar por Hollywood.

#### La creación

Las acotaciones de Mario Ferreira nos informan de datos importantes: lejos del interpretado por Karloff, el monstruo mide casi dos metros y medio, es mucho más fuerte y poderoso que un ser humano, resistente al frío, al insomnio y al hambre, y su intelecto le permite aprender el lenguaje de su creador, e incluso a leerlo, llegando a entender por sí solo *Las vidas paralelas*, de Plutarco.

Esto Arobba lo ilustra de manera bellísima, mediante el cuerpo de Fernando Vannet, que deambula sin ser visto entre los bailarines que atienden sus asuntos humanos sin percibirlo ni notarlo, y comienza, primero torpemente y luego con destreza creciente, a desentrañar esos códigos desconocidos, esas claves de comunicación que lo llevan a ser un ser consciente de sí mismo, quizás el único rasgo que nos hace humanos.

Es importante destacar por qué es tan inteligente este planteo como hermosa la ejecución de Vannet. El ser humano, nos cuenta Hegel, existe porque es mirado, y se diferencia de los animales porque los animales desean cosas: comida, refugio, procrear. El ser humano, sin embargo, desea deseos, existe para ser deseado por otro, que, al tender su espíritu hacia él le permite saber que existe, que realmente tiene el valor de cosa sagrada inherente a la humanidad.

El monstruo es inteligente, se expresa bien y tiene buenos deseos, pero su creador no fue capaz de darle ni siquiera un nombre, no hablemos ya de amor, Arbelo muestra esta incapacidad con su desintegración física y mental a medida que su hijo repudiado sigue el camino inverso.

Otra genialidad de la directora: en un movimiento antisimétrico, mientras Lucía Sommer encarna el pathos de la escritora y el monstruo crece en su humanidad, Frankenstein se destruye, degradándose física e intelectualmente hasta quedar como el alquimista de Borges: "...Y mientras cree tocar enardecido / el oro

aquél que matará la Muerte. / Dios, que sabe de alquimia, lo convierte / en polvo, en nadie, en nada y en olvido". La divinidad puede perdonarlo todo porque es un padre que sí ama a sus hijos, pero sea cual sea el nombre grato al corazón de cada uno, la *hybris* está en manos de las erinias, que no saben de amor, de piedad ni de perdón. Como Victor Frankenstein.

Por cierto, hay una escena en la que el cuerpo de Vannet es agigantado mientras interpela al doctor mediante un juego de luces y de sombras que tiene una belleza escénica abrumadora.

Pero lo inevitable ocurre. Privado de la posibilidad de ser amado al nacer, o deseado de adulto, el aspirante a ser humano no logrará tocar la tercera alma que los dioses pusieron en los hijos de Prometeo, y sólo podrá desencadenar la furia de su segunda alma, la animal, que únicamente puede reaccionar al dolor y el abandono con la peor de las furias, la que nace no de la locura, sino de la terrible certeza de no ser un ser que termina de existir, una creación a medias que deberá perderse en el frío del Ártico para alejarse de los que lo convirtieron en lo que es.

Todo esto y mucho más puede el espectador afortunado ver en esta puesta que pone a Fernando Vannet en su segundo protagónico del año y lo convierte en el faro de esta temporada. Si el año pasado fue el de Florencia Zabaleta, este es el de Fernando Vannet.

**Texto: Mary Shelley.**

**Versión: Andrea Arobba, Pablo Casacuberta y Gabriela Escobar.**

**Dirección: Andrea Arobba.**

**Elenco: Mario Ferreira, Ana Rey (becaria EMAD), Diego Arbelo, Diego Lois (becario IAM), Natalia Chiarelli, Joel Fazzi, Mané Pérez, Dulce Elina Marighetti, Andrés Marsicano (becario IAM), Lucía Sommer y Fernando Vannet.**

**Espacio escénico e iluminación:**

**Verónica Loza.**

**Música original: Juan Chao.**

**Inteligencia artificial y escaneo 3D:**

**Rodrigo Aguiar.**

**Video: Pablo Casacuberta.**

**Diseño gráfico: Atolón.**

**Traspuntes: Magdalena Charlo,**

**Diego Aguirregaray.**

**Realización de escenografía: Enzo Scasso.**